

El mes de agosto marca el comienzo del año escolar para los estudiantes de nuestras escuelas católicas y también para nuestros seminaristas: un nuevo tiempo de gracia en la vida de los jóvenes de nuestra arquidiócesis.

Miles de estudiantes tendrán la bendición de recibir una educación católica que tiene como fin formar corazones, construir mentes y cambiar vidas. Serán llamados a crecer en su fe y en la vida académica que los transformará en los futuros líderes de nuestra sociedad.

Este mes también comienza el nuevo año académico en nuestro Seminario de la Asunción. Por la gracia de Dios, tendremos más de 90 seminaristas de 14 diócesis y comunidades religiosas, de los cuales 28 son vocaciones de la Arquidiócesis de San Antonio. Es de verdad una gran bendición para la arquidiócesis y para la Iglesia católica en los Estados Unidos.

El Seminario de la Asunción se ha convertido en una maravillosa realidad para la arquidiócesis, un lugar de intensa preparación para nuestros futuros sacerdotes. El pasado año escolar cinco seminaristas han sido ordenados sacerdotes, y esperamos que durante este año académico, tengamos un número similar de ordenaciones al sacerdocio.

Gracias a la dirección del Padre Larry Christian, Rector del Seminario de la Asunción,

Nuevas bendiciones en el nuevo año académico



ARCHBISHOP

JOSÉ H. GOMEZ

y los demás formadores, vemos un crecimiento constante y progresivo en la institución y en los seminaristas que vienen a prepararse para el sacerdocio. Este es ya el segundo año en que los seminaristas tienen su hogar en el "Archbishop Patrick Flores Residence Hall", y mientras seguimos invirtiendo en las instalaciones, nuestros jóvenes siguen respondiendo al llamado de Dios.

Y con la gracia de Dios que bendice nuestro seminario, debemos seguir rezando por más vocaciones. Los invito a que recen más por los seminaristas que ya tenemos y por los que vendrán en el futuro: "Señor, danos sacerdotes, Señor, danos muchos sacerdotes, Señor, danos muchos y muy santos sacerdotes". Yo también hago mía esta oración, en la celebración de mi 30º aniversario de ordenación sacerdotal el 15 de agosto, Solemnidad de la Asunción de María. Doy gracias a Dios por la gracia de mi vocación y por las

innumerables bendiciones de mi sacerdocio.

¡Todavía me acuerdo del día de mi ordenación y mi primera Misa el día siguiente, 16 de agosto! ¡La alegría y el sentimiento sobrecogedor de pronunciar las palabras de la Consagración por primera vez! ¡La primera bendición y el momento intenso y a la vez humilde de celebrar el Sacramento de la reconciliación en la persona de Jesucristo, el único que puede perdonar los pecados!

Hace unos días he visto la película "El noveno día", inspirada en la historia real del P. Jean Bernard, un sacerdote que estuvo 18 meses en la prisión de Dachau, un campo de concentración donde más de 2,500 sacerdotes fueron enviados durante la Segunda Guerra Mundial. La película trata sobre la licencia de nueve días que le dieron para visitar a su familia luego de la muerte de su madre.

Es una película muy fuerte. El P. Bernard y los demás sacerdotes de la "celda de sacerdotes" de Dachau sufrieron todo tipo de humillación, torturas físicas y morales, hasta el punto de morir. Más de 600 de ellos murieron. Es un ejemplo más de la horrenda tragedia de los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial.

La película muestra el compro-

miso del P. Bernard con Cristo, en su lucha interior ante la tentación de aceptar las atrocidades de los Nazis, la seguridad de su familia y sus propias fragilidades. Al final, él se mantiene fiel a Cristo y es enviado de regreso al campo de concentración. El la última escena de la película se ve al P. Bernard entrando de nuevo al campo de concentración, feliz de sufrir por Cristo y por la Iglesia. ¡Feliz de ser un sacerdote de Jesucristo!

El sacerdocio es un "don y misterio", una bendición extraordinaria que llevamos en nuestra frágil condición humana. Es una bendición para la Iglesia y para el mundo. Seamos agradecidos por el gran don del sacerdocio, e intensifiquemos nuestras oraciones por todos los sacerdotes, especialmente por los sacerdotes diocesanos y religiosos de la Arquidiócesis de San Antonio.

Al cumplir 30 años de sacerdote, le doy gracias a Dios por todas sus bendiciones, por el amor y apoyo de mis padres y de toda mi familia. Por los santos sacerdotes que fueron mis guías y héroes. Por mis hermanos sacerdotes que han sido una inspiración para mí. Por tantos hombres y mujeres laicos que han apoyado y protegido mi sacerdocio con sus oraciones y su amistad.

Nosotros los sacerdotes estamos llamados a llevar la esperanza del Evangelio de Jesús a todos aquellos en el mundo que no tienen esperanza. A los pobres que no conocen a Dios. A los ciegos que no pueden ver una salida para su miseria. A los que son esclavos de sus pecados. A los oprimidos por los pecados de otros.

Somos ministros de la esperanza de la cruz — que es la esperanza del mundo. Somos todos llamados a ser *santos* y a ofrecer el sacrificio de nuestra vida al servicio de Dios, llevando a los demás a la esperanza de la vida eterna con nuestro Padre Celestial.

¡Tenemos tantos ejemplos de buenos sacerdotes en la historia de la arquidiócesis! Quisiera nombrarlos a todos, pero en esta ocasión permítanme mencionar a nuestro Obispo Auxiliar Emérito Bernard F. Popp, quien este año celebra 65 años como sacerdote y 25 como obispo. Él ha vivido una vida larga y dedicada al servicio de Dios y de todos nosotros: ¡un sacerdote de Jesucristo!

Tengamos nuestros corazones y nuestras almas abiertas para acoger las bendiciones del nuevo año escolar.

Que María, nuestra Santa Madre, siga intercediendo por todos nosotros, especialmente por los que somos sacerdotes de Jesucristo, para que podamos ser testigos de esperanza para el mundo.

'Para mí la vida es Cristo'

POR MARTHA FERNÁNDEZ-SARDINA Y ROSA MERA, OFICINA DE EVANGELIZACIÓN

El pasado 29 de junio, el Santo Padre Benedicto XVI inauguró el Año Paulino, un año dedicado a la conmemoración de los 2,000 años del nacimiento del gran "Apóstol de los Gentiles" o "de las Gentes" — o sea, de todos los que no son de descendencia judía. Eso nos incluye a nosotros, quienes gracias a la magnífica labor evangelizadora de San Pablo hemos podido llegar a conocer a Cristo como Señor.

En respuesta a la invitación del Papa a profundizar en la vida y las palabras de San Pablo, y dejar que su mensaje sea un modelo actual para nuestra vida cristiana, vale la pena reflexionar seriamente sobre algunas preguntas importantes para nuestra vida diaria:

¿Conozco yo a Cristo como Señor y Salvador? ¿Es Cristo el centro de mi vida?

¿Puedo yo decir con San Pablo: "no vivo yo, es Cristo quien vive en mí" (Gal. 2:20) y "para mí la vida es Cristo"? (Flp. 1:21).

Dependiendo de la respuesta que demos a cada una de estas preguntas, podremos evaluar qué tan bien seguimos al Señor. Es decir, si nuestra respuesta es afirmativa es señal de que hemos verdaderamente encontrado al Señor Jesús y de que vivimos como verdaderos discípulos.

Pero no basta con decirlo solamente: hay que vivirlo plenamente. Como Jesús Mismo nos dice: "No todo el que me dice 'Señor, Señor' entrará en el reino de los

cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.

Muchos me dirán en aquel día: 'Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?' Y entonces les declararé: 'Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad'". (Mateo 7:21-23)

Estas son palabras muy duras — y deben llevarnos a reflexionar seriamente en lo que significa conocer a Cristo como Señor y Salvador.

Ser verdaderos discípulos significa dejar que Cristo sea el centro y el dueño absoluto de nuestras vidas; de todas las áreas de mi vida: de todos mis pensamientos, decisiones, juicios, emociones, acciones, relaciones; dejar que sea El quien dicte Su voluntad en mi vida familiar, mi trabajo, mis estudios, mis finanzas, mis relaciones interpersonales, mi sexualidad. ... En otras palabras, el verdadero discípulo que ha conocido verdaderamente a Cristo, muere a sí mismo para que Cristo viva en él.

Esa es quizás la característica más notable del gran Apóstol San Pablo: lo dejó todo, incluyendo su forma de ver la vida, por seguir enteramente a Cristo — para dejar que Cristo viviera en él.

Cristo quiere ser la meta, el horizonte, el Modelo último y el Fin de nuestras vidas. Fue El quien dijo ser "el Camino, la Verdad y la Vida". (cf. Juan 14:1-6) La vida cristiana se trata de ir despojándonos cada día de todo aquello que nos aleja del Señor.



Martha Fernández-Sardina | Today's Catholic

Rosa Mera, Oficina de Evangelización, muestra folletos para dar a conocer los muchos servicios que ofrece la oficina en el evento 'Fiesta of Life' que se llevo a cabo en la Iglesia San Marcos Evangelista.

Se trata de mirar a Cristo y preguntarnos: "¿Qué tiene Cristo que no tengo yo?" y "¿Qué tengo yo que no tiene Cristo?" Es decir, "¿Qué me falta y qué está de más en mi vida para que sea yo como el Señor?" Y es que estamos llamados nada más y nada menos que a la santidad, o como diría San Pablo, a dejarnos transformar de tal manera que "lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo". (Efes. 4:15) Sólo de esta manera podremos producir el fruto que evidencia que realmente somos discípulos y se cumplirán las palabras del Señor: "Por sus frutos los conoceréis". (Mateo 7:20)

¡Animo! En este camino no estamos solos porque el Señor sale a nuestro encuentro dándonos Su gracia santificante.

El que quiera ser santo, lo puede ser. ¡Seamos santos! Aprovechemos este gran año de celebración para profundizar en las verdades de fe que nos transmite San Pablo en el Nuevo Testamento. Leamos sus cartas. Meditemos sobre ellas. Tengamos momentos de encuentro profundos con el Señor. Y aceptemos el desafío que nos hiciera el Papa Juan Pablo II: "Si habéis encontrado a Cristo, ¡vivid a Cristo, vivid con Cristo! Y anunciadlo en primera persona, como auténticos testigos: "para mí la vida es Cristo". (S.S. Juan Pablo II, *Homilía en la Catedral de Santo Domingo*, 1979)

MARTHA FERNÁNDEZ-SARDINA ES LA directora de la Oficina de Evangelización y es una predicadora y entrenadora bilingüe internacional. Rosa Mera es la asistente a la directora de la Oficina de Evangelización. Llame al (210) 734-1990.